

Ars médica

medicina y sociedad



Contenido

<i>Lágrimas calladas</i>	3
<i>Mi primer encuentro con la muerte</i>	5
<i>Todos tenemos un lado luminoso</i>	9
<i>Doña Lupita y el centauro del norte</i>	11
<i>Gloria Guevara</i>	
<i>Poemas</i>	13
<i>Jesus Cienfuegos</i>	
<i>Delirio</i>	15
<i>Adameck Abraham Hernández Collazo</i>	

Ars médica: Espacio dedicado a escritores y artistas miembros, o no, de la comunidad médica, quienes podrán aportar textos y obras artísticas que contribuyan a mejorar la cultura en salud de la comunidad.

El formato diferente y su cualidad de dossier desprendible tiene por objeto su amplia difusión más allá del área del interés estrictamente médico.

LUXMEDICA

AÑO 7, NÚM. VEINTE, ENE-ABR 2012

La publicación de esta revista se financió con recursos del PIFI 2011



Ars
médica

Lágrimas calladas*

PRÓLOGO Ricardo Esquer

En todos los tiempos, pero más en los de confusión, los individuos que conocen su lugar en el mundo son una bendición para sus semejantes. El gran misterio de la vida se vuelve inteligible cuando desaparecen las oposiciones entre lo individual y lo colectivo, como si hubiera un plan para cada parte y para el conjunto. Quien sabe cuál es su misión en la vida tiene un contacto directo con aquel fondo de misterio que, curiosamente, revela el sentido de la existencia con la claridad y sencillez de lo verdadero. Sin embargo, nos equivocaríamos rotundamente si esperáramos que alguno de estos seres privilegiados pudiera hablar de su supuesto secreto de otro modo que como una convicción sin fisuras. Esto se sabe o no se sabe y sólo exige que el individuo lo realice, independientemente de cualquier predestinación. Muchas vocaciones se frustran por falta de coraje para superar adversidades y carencias; en cambio, cuando se cumplen, las piezas embonan

y el mundo es más habitable porque cabemos en él. Pero nadie es una isla y el mundo mejora gracias a quienes tienen por vocación servir a sus semejantes.

Gloria Estela Guevara Lozano reúne el triple mérito de haber sabido a temprana hora cuál es su misión en la vida, cumplirla y, ahora, con este libro, transmitir ese cumplimiento. Su misión es la enfermería y su lugar ha estado siempre entre el médico y el paciente, apoyando al primero en la tarea de proteger la salud y la vida del segundo, sin dejar de ver de reojo a la muerte, su inseparable compañera. En su caso, saberlo no ha sido suficiente, pues debió enfrentar varios obstáculos para alcanzar su objetivo, como la oposición paterna, sus primeros encuentros con el dolor ajeno y la pobreza del medio rural. Después tuvo que superar las no pocas dificultades de esta profesión, consagrada a la atención de los demás y que no se detienen en el temor natural ante un cuerpo herido o enfermo o el riesgo de contraer alguna enfermedad

* Libro inédito. Guevara Gloria "Lágrimas calladas" *Vivencias de una enfermera*, 2012. *Enfermera General con diplomado en epidemiología, laboró en instituciones de salud del estado, de 1961 a 2008, fecha en la que se jubiló.*

contagiosa, sino que van más allá, con las carencias materiales de los centros de salud, la ignorancia y precarias condiciones de salud de los habitantes del campo, los pacientes ingratos, los médicos sin ética y el uso que los políticos hacen de una de las profesiones más nobles.

Afortunadamente, este lado oscuro tiene su contrapartida luminosa. Contribuir a la preservación de la vida o participar en acciones de prevención o en la recuperación de la salud de otros debe ser una de las experiencias más gratificantes para cualquier ser humano. Y cuando el resultado positivo llega junto con el agradecimiento sincero, la alegría del hombre o la mujer que todavía respiran y caminan sobre la tierra, la pureza en la mirada del infante y otros signos de la luz borran las fatigas y angustias de quienes luchan para sostener el milagro de la vida. Entonces el convencimiento de estar en lo correcto se vuelve confianza en las propias fuerzas y certidumbre para enfrentar retos aún mayores a partir de las experiencias acumuladas.

Uno de esos retos fue escribir este libro. Sin más preparación que la de haber sorteado los riesgos de su profesión y la que recibió en su familia, especialmente de su madre, la autora tuvo el valor de insistir en su empeño, hasta lograr su objetivo, que el lector tiene ahora en sus manos. El libro está escrito en un lenguaje sencillo y en un estilo directo, muy adecuado para transmitir el dramatismo

de sus historias desde el punto de vista de quien ha estado cerca de la frontera de la vida, por lo tanto, no habla de historia o de ciencia médica, aunque no desconoce esos asuntos, sino de sus sentimientos ante el sufrimiento ajeno. En este sentido, el valor de este libro consiste en compartir algunas de las experiencias más enriquecedoras de esta noble enfermera, presentadas con la humildad de quien sabe que nuestra mayor fortuna se encuentra en la suerte de nuestros semejantes. Sus páginas son asimismo un reconocimiento a sus colegas, los médicos y las religiosas con quienes tuvo la buena fortuna de trabajar sin más ambición que la de aprender a servir cada vez mejor.

En tal sentido, estas vivencias de una enfermera presentan a los lectores un panorama de lo que ha sido el desarrollo de las instituciones de salud, contado desde la trinchera donde se combaten las enfermedades y se curan las heridas. Si el mero cumplimiento de su misión merece nuestro más profundo agradecimiento, la escritura y publicación de estas historias sólo puede ser correspondida con el más alto reconocimiento a las virtudes de una mujer noble y valiente. Así, a través de Gloria Estela estaremos enalteciendo el heroísmo de quienes, como ella, callan sus lágrimas para que los demás podamos sonreír, eternamente agradecidos.

Ricardo Esquer

Mi primer encuentro con la muerte

*En los oscuros reinos de la muerte
lloró con emoción el alma mía,
cual la tristeza que al morir el día
la nube de dolor su llanto vierte.*

María Asunción Negrete

Al poco tiempo de haber ingresado al hospital a realizar mis prácticas, se presentó ante mí el personaje más temido en este mundo: la muerte; aunque siempre había estado cerca, mi inexperiencia no me había permitido percibir su presencia. Su presentación fue cruel e inolvidable; a partir de ese día me di cuenta de que permanece muy cerca de las enfermeras y que constantemente la vería de reojo.

En la década de los sesenta, en el estado de Aguascalientes solamente 21.8% de la población contaba con gas o electricidad, 51.5% utilizaba leña o carbón como combustible y 26.7% de familias cocinaban en estufas de petróleo;¹ era muy usual encontrar expendios de petróleo por todo el estado.

En la calle de Matamoros, muy cerca del hospital Hidalgo, se encontraba un expendio de petróleo muy grande, en el

que desde muy temprana hora se podían observar grandes filas de personas con botes, dispuestos a comprar los litros necesarios para el consumo del día.

Los expendios almacenaban el petróleo en tanques de 2 mil a 5 mil litros; la capacidad del tanque variaba con la demanda que se tenía.

Por desgracia fue precisamente en este expendio donde se produjo una explosión de gran magnitud, alrededor del medio día, justo a la hora en que había una larga fila de personas esperando ser atendidas.

No recuerdo a qué o quién se atribuyó la responsabilidad de tal desgracia; las enfermeras nos interesamos poco por la información sobre el origen de los hechos, nos concentramos en las lesiones causadas a las personas. En este accidente dichas lesiones fueron de gran magnitud; falleció mucha gente y las personas que sobrevivieron quedaron con secuelas de por vida.



Ars
médica

Ese día me encontraba de servicio en el hospital y recibimos aproximadamente quince personas todavía con vida, pero con quemaduras de segundo y tercer grado.

Don José, han pasado muchos años desde entonces y sin embargo no he podido olvidar la expresión de pánico, dolor y desconcierto de tu cara, la apariencia y el color de tus ojos totalmente quemados, tus manos deformadas, con los dedos fundidos por el fuego. Al despertar estos recuerdos en mi memoria, los latidos de mi corazón se aceleran y me invade la angustia, recordando los gritos de dolor y desesperación ante una de las muertes que a partir de ese día considero de las más dolorosas; estoy segura que Don José partió de inmediato a gozar de la presencia de Dios.

Todavía me oprime el pecho revivir la circunstancia de que cuando estaban ingresando al servicio de urgencias las

victimas de la explosión, en una de las casas cercanas al hospital se escuchaba a todo volumen la canción de moda de aquellos años con el charro Avitia, que en una parte de su letra dice: viene luciendo la muerte mil llamativos colores.

Mi primer encuentro con la muerte fue para mí muy impactante; se presentó con su irónica y desafiante sonrisa, logrando que nuestra presentación fuera inolvidable. Ese día experimenté por primera vez un doloroso nudo en la garganta que no permitía fluir mi llanto y que, a partir de ese momento, se convertiría en mis lágrimas calladas por la muerte de Don José y el sufrimiento de tanta gente inocente.

Al encontrarme con la muerte, ella esbozaba una leve sonrisa; así, sutilmente me reveló que al acompañar a los pacientes por el camino inevitable, la vería permanentemente de reojo, como mi enemiga de siempre.





Ars
médica

Todos tenemos un lado luminoso

Porque si esto es cierto, si actúo diferente de lo que pienso, ¡ésa no soy yo! Entonces...

¿Cuál soy yo?

Alfonso Lara Castilla

En 1960 se registraron en el estado de Aguascalientes 13 001 nacimientos, 2 936 defunciones, de las que 966 correspondieron a menores de un año de edad. En la mortalidad infantil (en niños menores de un año) se aprecia un cambio importante, pues las gastroenteritis y las colitis dejaron de ser la principal causa de defunción en este grupo de edad; el primer lugar lo ocupan las enfermedades propias de la primera infancia, con 426 casos (44.1 por ciento).

Cabe mencionar que, en la década de los cincuenta, 77 de cada 100 defunciones en los menores de 1 año estaban relacionadas con las enfermedades propias de la primera infancia y los tres primeros lugares los ocupaban las gastroenteritis, colitis, gripes y neumonías.

Las defunciones por neumonía continuaron ocupando durante muchas décadas los primeros lugares como causa de defunción en los niños menores de un

año. En la actualidad, con el avance de la tecnología, la difusión y educación a las madres de familia sobre el reconocimiento de los signos de alarma para detectar a tiempo si el niño tiene neumonía, junto con la aplicación de la vacuna anti-neumocócica, se ha logrado disminuir de manera muy importante la morbilidad y mortalidad causada por esta enfermedad. En los años sesenta se realizaban pocas acciones; muchos niños fallecían por esta causa.

Aun se encontraba en funciones el antiguo Hospital Hidalgo cuando llegó a consulta una angustiada señora con una linda bebé de nueve meses en los brazos; la niña ya presentaba dificultad respiratoria y fue hospitalizada en el pabellón de pediatría, con diagnóstico de neumonía; su estado era grave, así que requería de cuidados especiales las 24 horas del día. La supuesta madre de la criatura era de edad madura, de estatura mediana, facciones agradables, tez blanca, cabello ru-

bio, con una figura exuberante, de trato amable y educado.

El cariño y devoción con que la bebé fue atendida durante los cinco días que permaneció con vida, por quien suponíamos era su madre, llamó la atención del personal que laborábamos en el hospital. La mujer no se separó de ella en ningún momento, lo que nos causaba admiración por tratarse de una persona de edad madura. Desafortunadamente los avances de la medicina de aquellos tiempos no fueron suficientes para salvar su vida.

Dos días después del deceso, me llamó la atención que el cuerpecito de la bebé permanecía en el descanso y la madre continuaba haciendo guardia en el exterior, sufriendo enormemente; se le veía demacrada, cansada, con un llanto incontrolable. Ante tal suceso, comencé a investigar cuál era el motivo que impedía que el pequeño cuerpo le fuera entregado y recibiera sepultura. Fue entonces cuando me enteré de que la señora que con tanto amor y devoción la cuidó, aun a costa de su propia salud, no era su madre y no tenía en su poder la documentación que acreditara que la niña le había sido obsequiada por una sexoservidora de uno de los antros de la zona de tolerancia que esta señora regenteaba, y que la estaban localizando para proseguir con los trámites correspondientes al caso.

La señora continuaba llorando desconsoladamente la partida de su amada

niña, sentada en una grada al exterior del descanso; al verla tan desvalida y sola me sentí muy conmovida, por lo que me acerqué y la abrace fuertemente, intentando consolarla y convencerla de que aceptara que la nena se había marchado. El recuerdo que guardo de ella es el de una madre tierna, amorosa y afligida, que aceptó mi abrazo con la misma necesidad de consuelo que cualquier otra madre al pasar por esta dolorosa experiencia. Para mí no tenía relevancia preguntarle su nombre en esos momentos, como no la tiene ahora mencionarlo. Pero unos días después me enteré, a través de una comunicativa compañera enfermera, de que esa señora tenía el sobrenombre de La Pelos de Oro, que era muy conocida en el mundo de los antros nocturnos de la ciudad y en casas de citas que regenteaba en aquellos años.

Poco tiempo después visité el Palacio de gobierno para conocer los murales que recientemente había pintado el artista chileno Oswaldo Barra Cunningham, a los que se les había dado gran difusión; plasmada en uno de los murales reconocí la blanca figura de aquella noble mujer y dolida madre; me informaron que era considerada como un personaje que formaba parte de la historia de Aguascalientes.

Yo solamente puedo afirmar y dar testimonio de que ella, como todos los seres humanos, poseía y se dio la oportunidad de descubrir su noble y hermoso lado luminoso.

Doña Lupita y el centauro del norte

**Me llevaré en la mente
para siempre guardada,
la luz de tu mirada
expresiva y ardiente.**

María Asunción Negrete

En los años de 1966 a 1970 me desempeñé como enfermera visitadora en el Centro de Salud Urbano “A”, que se ubicaba a un costado del templo de San Marcos. Entre las visitas domiciliarias que tenía programadas para pacientes con enfermedades transmisibles se encontraba la de Lupita, quien recientemente había sido diagnosticada recientemente con una tuberculosis pulmonar; le daba seguimiento a través de visitas mensuales de orientación y educación sobre su alimentación, hábitos higiénicos, medidas de desinfección y la supervisión de la administración de sus medicamentos.

Lupita era una linda viejecita, de grandes y expresivos ojos negros, tez blanca y rasgos agradables, robusta, con cabello blanco peinado con chonguito, amable y muy solita. En aquellos años ella tenía

más de 70 años y refería que había nacido entre 1895 y 1897, en Juchipila, Zacatecas; no contaba con acta de nacimiento, debido a que los rudimentarios registros de nacimientos de ese siglo habían sido utilizados como combustible para las hogueras en una de las revueltas sociales de aquellos años, pero su edad cronológica coincidía con la que decía tener.

Ella ocupaba el primer cuarto con cocina de unos departamentos que tenían en la fachada azulejos en color verde y que se encontraban frente al jardín de Cholula; para esos años ya había perdido a todos sus familiares, nunca se casó, no tenía hijos ni persona alguna que estuvieran al pendiente de ella. Como la mayoría de las mujeres de principios del siglo pasado, había aprendido a deshilar y bordar, hacía unos minuciosos y bellos trabajos de deshilado, sosteniéndose con el producto de su venta.

No es fácil ganarse la confianza de los pacientes con este tipo de padecimientos transmisibles; su autoestima se ve muy afectada por la reacción de la población al enterarse de que tienen esta enfermedad; por este motivo, en un inicio mis visitas eran prolongadas y dirigidas a lograr su confianza. Tiempo después, nuestras conversaciones se fueron tornando cada vez más agradables e interesantes, tal vez porque Lupita tenía necesidad de platicar con alguien y tal vez porque no conocí a mis abuelitas, de alguna manera veía esa figura en ella.

Una de las anécdotas más relevantes que Lupita me confió, relacionada con sus años de juventud y de la que tengo que confesar que en un inicio dudé de su autenticidad, es que había sido “novia” del General Francisco Villa, cuando permaneció por una temporada en Aguascalientes, entre 1914 y 1915. Me lo describió con una gran admiración como un hombre romántico, amable, cumplidor, varonil y “respetuoso”, de quien, según sus propias palabras quedó prendada y por siempre enamorada. El brillo de sus ojos y el entusiasmo y la seguridad con que se expresaba de él me obligaron a documentarme para salir de mi ignorancia, leyendo algunos artículos sobre la Soberana Convención Revolucionaria de 1914 y de los tiempos en que el Centauro del Norte

visitó nuestro estado y, en efecto, para las fechas en que Lupita me relataba su días de noviazgo, el General de la División del Norte estuvo en Aguascalientes.

Visité mensualmente a Lupita aproximadamente por tres años, durante los cuales creció nuestra amistad, tanto que un día me notificó con sinceridad y afecto que me había nombrado su heredera universal y que le había dado instrucciones a su vecina María, que era de todas sus confianzas, para que el día en que partiera de este mundo me avisara y le hiciera compañía en su último viaje y me entregara sus pertenencias.

Al poco tiempo acudí a realizar la visita periódica a Lupita, pero me encontré con la enorme, triste y desagradable sorpresa de que su habitación estaba vacía; había fallecido unos días antes y todas las vecinas acudieron con premura a recoger sus pocas pertenencias. La vecina María no se acercó, ni traté de localizarla; realmente lo que a mí me importaba ya se había ido; lo que me dolió fue no haber estrechado su mano y acompañarla en su partida.

Lupita, lo que nadie pudo llevarse son los agradables momentos que pasamos juntas, nuestras conversaciones, nuestros recuerdos y nuestros inconfesables secretos sobre el amoroso General Francisco Villa, “tu Pancho”.

Poemas

Jesús Cienfuegos

Ansiedad

Jesús Cienfuegos

*El insomnio del sur
baja las escaleras de puntitas
escapando sin despedirse
de la eternidad cotidiana*

*antes mojaba sus cabellos
con el canto de las cinco de la tarde
pero no era un pájaro amarillo
que cuidaba sus ramas incendiadas
ni el mismo cansancio
cuando sentía sus pies en el abismo*

*lo que temblaba siempre
era dejarse rodar o caer o no ver
la suciedad de los rincones
con su polvo de muertos tóxicos*

*su mayor temor
quedarse en el último escalón
a mitad de la escalera*

Cada vida

*romperse al amanecer
desterrando la palabra a otros sueños*

*el límite de lo que se es
implica la continuación de las ideas
oscilación del tiempo*

el laberinto crece en dimensiones

más complejas de la vida

*discontinuidad a cuentagotas
lento*

*pausado
jaguar nocturno*

*la ruptura con el pasado
es parpadear*

Discontinuo

*todo se reduce al color intenso
soledad de un ojo
entre tinieblas*

¿qué dice la palabra?

*los sonidos van y descienden
pronto empieza el sueño*

*donde se abre la respiración
agitan alas los halcones*

*murmuran despacio
que el tiempo se ha ido
las paredes de esta página
rechazan su blancura*

*¿son
o divagan
las palabras?*

Desde el fondo

*no hay nada en las sombras
pero si nos adentramos
la piel es el límite de lo propio
instante para crear
el mundo
las palabras
sueños
tristezas*

*sólo suena para sí
la poesía*

*con su repensarse
semilla
en los abismos del cuerpo*

Nocturno sin calma

*vaivén de tempestad
rama de agua
eclipse que fructifica
en el abismo
lenta rectitud de la palabra*

*el espejo transmuta en desiertos
y la noche tranquilísima
fluye por las venas del asombro*

*uno es el reflejo
árbol líquido
que se muerde en sus inicios
movimiento transparente
cristalino
oscuro*

*lo escondido del tiempo
explota la memoria en silencio*



Delirio

Adameck Abraham Hernández Collazo

Al sur de Francia una ciencia nueva nació, encrucijado cruel destino llevó a un joven anatomista a la cura de todo mal. Con hábiles manos abrió cuerpo tras cuerpo, pero solo en la cabeza de su amada el brebaje consiguió y bajo su cama el desquiciado científico la receta escondió. Pocos no fueron los aventureros que quisieron encontrarla. El mal venció y uno solo fue capaz de hallarla, pero junto al milagroso hallazgo la paz de la Ciudad de las Luces pereció.

Use un cadáver para solo una ración

Paso 1. El sujeto, fallecido previamente, en decúbito prono debe ser rasurado completamente de la cabeza, procure afeitar todo el cabello, si no el brebaje sabrá un poco a vellos. Recuerde que la cabeza del cadáver debe estar intacta, libre de cualquier golpe. Dibuje con un trozo de carbón una línea que cruce la calota desde una apófisis mastoides hasta la otra y haga un corte seguro y profundo.

Los violines tocaban en un éxtasis cadencioso, “Le triomphe de l’ amour”

encabezaba las partituras de los atriles de latón antiguo. En el segundo balcón Madame Margot agitaba fuertemente su abanico rosado con su enorme mano derecha mientras la izquierda amoldaba discretamente la faja disneizante de su vestido por debajo de sus pechos; a su lado, su hijo Pierre Garzone miraba sonámbulo entre las traviesas y estrambóticamente delgadas bailarinas, revoloteando de un arbusto de cartón a otro en torno al ritmo de la orquesta, mientras su corazón de ciencia volaba ante la cadencia del alma perdida en algún sitio de sus cadáveres.

En su sótano, que también servía de laboratorio, bodega, armario de los viejos recuerdos de su madre y cava de una péssima colección de vinos; la noche previa entre mohosas paredes de piedra, rodeado de inventos surrealistas que caminaban solos, enormes vitrinas adornadas con frascos que guardaban ojos, manos y cabezas enteras, máquinas que chispeaban humo, quimeras de los más extraños animalarios enjaulados y suturados a miembros de otras especies tropicales; y domésticas ratas que corrían por entre los rincones bajo sus pies, ahí Pierre había trabajado hasta altas horas con la joven

vecina Ginny. Desde pequeños Ginny y él mantenía más que una hermosa amistad; ahora él la tenía reclinada sobre el inmenso escritorio de nogal del centro del laboratorio y una larga cortadura abría su interior desde su delicado pecho de flor de liz hasta su perfecto ombligo. El olor a bella mujer putrefacta llamaba a diminutas moscas bailarinas con disfraces turquesa brillante y ojos saltones, que venían a comer, defecar y fornicar sin pudor alguno sobre el cadáver de Ginny, quien había sido atropellada por el carruaje de un embajador ruso casi dos semanas atrás. Según un viejo libro de un catedrático de la universidad de Viena, Pierre debía encontrar, sostenida por un par de nervios, el alma de los accidentados sobre el diafragma, en un tejido brillante al que nombraban Espejo de Van Helmont. Sorprendido por la náusea, solo encontró un algo que más que brillante parecía gelatina viscosa, nido de huevecillos de insectos, que lo hizo vomitar más de una sola vez, delicia de las ratas gordas de su laboratorio.

Los gritos sorprendidos de su madre trajeron a Pierre desde el esbelto cuerpo descompuesto hasta la butaca 3 del segundo balcón del teatro. El súbito ensordecedor silencio atrapó el escenario: en el tercer movimiento, la zapatilla de la bailarina principal se desabrochó y al realizar un frotté pisó los cordeles, cayó sobre la nuca y no volvió al revoltijo de las otras hadas de mar. Las buenas ideas vienen frente a desgracias, y fue así como al ver convertida la gracia de una ninfa

encantada en el parálisis marmóreo de una gárgola supo que el anhelo del alma se escondía bajo la cabellera. Sin más, tomó sus gafas, olvidó su abrigo y a su madre y regresó a los pies de su amiga muerta, a quién besó dulcemente la frente alborotando la sociedad de las moscas verdiazules y con su escalpelo preferido, el del mango de plata abrió de un solo corte el cráneo rubio de la joven.

Paso 2. Al abrir se topará con ambos hemisferios que puede sacar de forma sencilla jalándolos fuertemente o extraerlos con anterioridad por la nariz, ayudado de una pinza de disección. El líquido que encontrará debe ser tan claro como el agua, si no es así agregue un poco de licor de naranja al cráneo abierto hasta que lo rellene, no olvide inclinar al cadáver después de 2 días para que el licor salga.

Un rizo castaño cayó sobre la frente sudada de Pierre, mientras con dificultad jalaba dos esponjas sonrosadas y muy pequeñas de la abierta cabeza; -parece que no era muy brillante- pensó; las colocó sobre una sábana blanca manchada de la ajenidad de sangre oxidada y examinando con un monóculo roto se sentó sobre una pierna sin saber si era suya o de su amiga. Sin nada descubierto más que coágulos y venas apachurradas, con sus afinados dedos separó las esponjas pegadas como rompiendo una nuez, bañando sus labios de los pensamientos de la muerta cubiertos en más líquidos viscosos; entonces, sus ojos brillaron, su mente dio vueltas, sonrió y se saboreo su labio superior. Su risa engreída y maliciosa se unió al coro

de chillidos de sus mascotas componiendo una sonata tan desagradable que diluyó las nubes que tapaban la luna llena.

Paso 3. Después de obtener el cuerpo de lo que el gran Galileo llamaba tálamo, encontrará bajo el mismo un muy pequeño bulto de aspecto encantador, sepárelos y en un mortero de porcelana china trítúrelos con mosto. Después de moler por varios minutos, agregue la mezcla obtenida a una botella de vino preferiblemente cosecha de los prados Elíseos.

Con maquillaje grotesco cubriendo suturas, una enorme peluca en lugar de cerebro y adornado con un enorme lunar amoratado sobre los labios, Ginny parecía dormida el día que Pierre la enterró en un hermoso cajón azul pastel -su color favorito- cubierto de azucenas de campo pintadas a mano; todo el pueblo asistió a la ceremonia, incluso aquel ruso del carruaje asesino, hurgando su nariz y gritando durante las oraciones. Dichoso por su descubrimiento, regresó a otros inventos, apartó las esponjitas rosadas y a falta de formol, las guardó en una vieja barrica de vino. Después de, por primera vez, limpiar su laboratorio y matar a una acaudalada familia de enormes ratas, mientras escribía los descubrimientos del día se quedó dormido como nunca antes en su intelectual vida.

Al día siguiente los rayos del sol matutino despertaron a la enorme Madame Margot que en un enorme camisón amarillo paja que dejaba ver sus robustas piernas, buscó a su hijo en su habitación y al ver que no estaba se enfureció, bajó hasta el laboratorio y dijo:

Retoño mío duermes poco,
encerrado te veo menos,
no me pareces ser un loco,
pero vives como los reos.

Con enorme sonrisa orgullosa Pierre rápidamente contestó:

Madre, el sitio del alma he hallado
gran desvelo y trabajo me ha costado
siéntate aquí, junto a mi banco,
te invito una copa de vino blanco.

Las copas ucranianas de cristal fortificado se llenaron de vino espumoso, pero algunas veces el destino, aburrido de lo cotidiano, juega pesadas bromas, y la barrica de la que salió el elixir era la del cerebro de la amante marchita. Ninguno de ellos se dio cuenta del horror cometido, y es que el sabor se volvió tan delicioso que Margot, la madre, no paró hasta llenar sus cabellos de flores, caminar de lado, hablar con groserías y cantar tonadillas de burdel

Decía mi tatarabuelo Emile, vecino de la familia, que desde la noche del vino ninguno de los Garzone volvió a ser el mismo, y es que el efecto de los licores de Ginny fueron tan fuertes que inapetente redujo la grasa de los muslos de Margot y dio tanto alimento a su libido que una noche de desvelo murió en el tálamo del embajador ruso mientras ambos divertidos jugaban juegos de amor.

La pronta muerte de Margot, no fue vista por Pierre con desagrado, heredó gran fortuna, visitó el teatro y el cameri-

no de cada una de las bailarinas, compró zapatillas y ropas nuevas y tanto olvidó la ciencia que enterró a Margot en cuanto murió, sin interesarle abrir un poco su bien nutrido abdomen para conocer un trozito de su intestino. De ser un joven robusto y rojizo, enflacó esqueléticamente, se volvió blanco como el papel y unas enormes ojeras negras enmarcaron sus ojos apagados que, por la moda de aquellos tiempos, lo volvieron el irresistible galán escuálido de ese pequeño pueblo francés. Ahora no había dama que no probara los labios de Pierre, su libido se agravó a tal grado que terminó sus días en prisión por haber violado una noche de fiebre a Camille, la hermana menor de Ginny. En la cárcel, también fue el centro de atención, y es que los siguientes síntomas del vino de la amante divertieron a internos, carcelarios y hasta visitantes. Pierre no aguantaba la resequedad de su garganta, sus labios secos y partidos lo obligaban tomar gran cantidad de agua que ni los retretes tenían la suficiente para saciarlo. Varios años después murió, no sin antes aparecer su rostro en los periódicos de toda Francia como el galán loco que murió soltero, rico y loco.

Paso 5. Deje reposar el vino medio año en barrica y solo 2 semanas en botella. Sírvese un poco frío, le recomiendo congelar con hielo de los Alpes ya que es más durable.

Bajo la cama del anatomista estuvo la receta de Pierre oculta. Más de un siglo pasó, hasta que los científicos descubrieron la historia del vino y como locos bus-

caron sin poder toparse con la receta mortal. Sin embargo nadie conocía el lugar exacto de la antigua casa de los Garzone, pues el pueblo cambió tanto que solo mi tatarabuelo conoció la mansión intacta.

Alfonso Chaine, psicólogo parisino, viajó a una ciudad del sur de Francia a investigar el efecto de la brisa austral sobre las mentes lunáticas asesinas. Olores extraños atosigaron su nariz cuando llegó al único hotel de un pueblo de prostitutas y cabarets. “Habitación 23” dijo la voz aguardentosa de la anciana que lo atendió en el vestíbulo atiborrado de helechos. Con la columna desviada a la izquierda, la anciana le ayudó con dos maletas de piel de cocodrilo, subió con ellas tres pisos y las dejó caer frente a una puerta de madera mal pintada, introdujo una llave al cerrojo chillón y abrió. Alfonso se quedó solo en la habitación; era oscura y maltrecha, los retratos ovalados de personas desconocidas parecían saludarle desde las paredes verdes. Una cama de látex era, junto a la cajonera de la esquina, el único mueble de la recámara. Cansado del viaje Alfonso se sentó en el lecho aplastando la cola de un gato que dio un maullido agresivo y corrió bajo la cama. Obsesionado con el comportamiento animal, se asomó al escondite del gato y ahí, junto a un par de ojos brillantes encontró una caja de cartón empolvada mientras los maullidos le precavían del peligro.

Nota. Debido a que algunos efectos adversos son desmedidamente intensos, antes de beber toda la botella, tome durante dos semanas

una cucharada del licor en ayunas. Recuerde que el cadáver que será usado debe ser de aquella persona que cumpla con las medidas craneales especificadas en el documento anexo “Principios de Frenología” por el Dr. Garzone.

Alfonso tomó la caja entre sus manos, sopló el polvo vetusto y abrigador y, al no vencer a la mortal curiosidad que ni el gato tenía, la abrió. En ella, un pergamino bien enrollado con un listón azul pastel para cabello, un pequeño libro escrito a mano al cual le faltaban muchas hojas, un escalpelo oxidado y un boleto de entrada para una obra de ballet con fecha del 25 de Marzo de 1746 al reverso autografiado por la bailarina principal. Tres meses hicieron a Alfonso darse cuenta que su teoría sobre el efecto de los vientos del sur eran inocuos para los enfermos mentales, entonces tomó su maleta, guardó en ella la caja del Dr. Pierre y, después de saldar su deuda a la anciana ahora inválida, volvió a París.

París no estaba en su mejor momento, comenzaban a llegar ideas inglesas sobre liberalismo, ideas rusas sobre el socialismo y las francesas solo se daban el lujo de viajar a América. En un viejo cafetín, Alfonso tranquilamente comenzó a leer el pergamino que parecía una receta para una bebida, típico en las tierras bajas de Francia; sin embargo sus ojos crecieron al ver el sello de la familia Garzone al final de la hoja.

Para conseguir cadáveres Alfonso abrió una funeraria en el centro de París,

cada difunto que aparecía debía ser llevado a la morgue propia de su empresa para ser embalsamado, midiendo sus cráneos y abriendo solo aquellos que poseyeran el área de las Aspiraciones proyectada y de gran tamaño, que de acuerdo a sus estadísticas, era más común en mujeres burguesas. Así pues, creó un programa de servicios mortuorios femeninos de “gran delicadeza, elegancia y excelente precio”, según decían los volantes repartidos por toda la ciudad.

Para 1853, inició a producir el vino de manera comercial; clandestinamente vendía a precios extraorbitantes dos o tres garrafas al mes, suficientes para mantener sus necesidades primordiales. Las mujeres muertas de manera natural ya no eran las suficientes como para aumentar sus relaciones comerciales; fue entonces cuando acudió a su viejo empleo de psicólogo creando psicosis en asesinos y alentando a suicidas a cumplir su cometido; incluso trabajó por un tiempo de partero, cometiendo errores deliberadamente que terminaban convirtiendo el nacimiento en funeral. Enorme satisfacción llegaba cuando aparecía un nuevo cadáver en su negocio, celebrando cada uno con una profunda saboreada del vino de la amante. En París se vivía con terror, hombres y ancianos no salían a las calles por temor a los asesinos y las mujeres procuraban abstinencia para no quedar preñadas.

Su nueva fortuna lo llevó a la curiosidad de iniciarse en el placer de la cata de vinos comenzando con el de su empresa. Y en lugar de sufrir los síntomas

de Margot, llegó a desarrollarse en él una adicción tremenda a ese néctar, acompañada después de un inmenso dolor de cabeza. A pesar de que cada trago hacía que un dolor creciera, cada botella se volvía más irresistible. Muchos doctores tuvieron la oportunidad de analizarlo, todos observando que su cabeza parecía más abombada y le protruía tanto la nariz que parecía ir olfateando cada momento de su vida. Los dolores eran tan fuertes que le causaban un delirio que lo sacaba de sus casillas, lo hacían caminar en cuatro y parecía demente. Cada día, muy temprano, Alfonso se despertaba con mirada maliciosa para correr desnudo frente al Arco del Triunfo, degollar gallinas o robar panecillos. En un arranque de locura Alfonso prendió fuego a su casa, quemó la puerta y no logró salir. Tanto él como sus descubrimientos ardieron en una enorme flama que iluminó una romántica madrugada de París.

Su carbonizado cadáver fue a dar a aquella funeraria del centro, atendida ahora por su discípulo el joven Gall. Él fue el único que pudo ver la caja del Dr. Garzone, solo que no le interesó la receta, robó el libro deshojado y regresó a su natal Alemania, donde comenzó a estudiarlo. Después de una autopsia a la cabeza calcinada de Alfonso, se des-

cubrió que el consumo de cadáveres viejos le ocasionó una meningitis que entre delirios lo mató.

El jugo de hipotálamo fue olvidado por el nacimiento de otras ciencias; y las hojas que faltaban al libro, eran unos bosquejos del rostro muerto de Ginny, la fiel amante de Pierre, que tristemente terminaron rellenando, junto a la peluca ridícula y el maquillaje grotesco, ese cráneo vacío que enterraron para 1746.

1 INEGI. VIII Censo de población de 1960, disponible en línea: <http://www.inegi.org.mx> [Consultado el 12 de diciembre de 2011].

